

Lectura y vivencia del tiempo

* JOSÉ ANTONIO GÓMEZ

En primer lugar me plantearía que, cuando hablamos de lectura, podemos estar refiriéndonos a cosas muy distintas. Tan importante como leer o no leer, el problema a plantear es la forma, los modos de lectura que practicamos.

Hay muchas formas de leer. Profundas, superficiales, continuadas, esporádicas, obligadas o placenteras, de imágenes o de texto. No leemos igual textos científicos que literarios, no leemos igual mensajes publicitarios que textos poéticos. No leemos igual para informarnos o para saber y producir que para relajarnos o para ocupar nuestro ocio. Todas las formas de lectura tienen plena vigencia. Continuamente estamos leyendo: cuando vamos por la calle estamos recibiendo múltiples mensajes -grafitis, anuncios-, cuando estamos frente a la pantalla del ordenador, cuando leemos periódicos.

Pero cuando hablamos de lectura, en relación con el día del libro, quizás nos estamos refiriendo específicamente a la forma de lectura más difícil de sostener en el mundo actual, y por eso la que necesita cierta defensa. La lectura como fuente de placer y ocio, la lectura de textos literarios, de ensayo, de pensamiento, esa lectura que es incondicionada, que no tiene ningún fin práctico, que es una lectura casi siempre lenta pero

a la vez devoradora, la lectura individual, íntima, que en realidad, y por eso la defiendo, es una forma de encontrarse a uno mismo, y de ganar un espacio de libertad.

Leer, en ese sentido, es una práctica más, una experiencia entre otras muchas, y la manera de llevarla a cabo no es ajena a la forma que tenemos de actuar, de relacionarnos, de

"Es necesario tomarse un respiro y ejercer la libertad de leer, que es decir la libertad de pensar en y por uno mismo, de soltarse por un momento del yugo del trabajo, del consumo, del reloj".

hablar, de mirar, de vivir. En la sociedad posmoderna predomina la ruptura del sujeto, la fragmentación, el exceso de mensajes, el cambio constante, la superposición de ideas, de estilos, de formas de vida. Conviven la riqueza y la pobreza extremas. Los ayatollah y los tecnócratas, los cambios de valores y la desorientación. Bien, la lectura no se puede sustraer al ritmo y a las formas de vida. Leemos como vivimos. Por eso tiene tanto éxito la lectura no secuencial o lineal, la lectura

superficial, fragmentaria, la lectura que realizamos tumbados mientras vemos televisión y oímos música, una lectura en la que pasamos rápidamente la vista muchas veces sin retener, pasando páginas, la lectura de Semanarios cuyo contenido es el consumo o el cotilleo, etcétera.

Frente a esa lectura extensiva, superficial y fragmentaria, es difícil tener el sosiego, la paz, la predisposición, para la lectura tranquila, sin prisas, que nos acerca al libro en un sentido tradicional, secuencial, lineal, con lo que tiene de positivo. Una lectura en que seguimos el razonamiento del otro que es el autor, en el que reconstruimos su sentido y nuestro propio sentido, una lectura que es a la vez un acto de comunicación con el autor y un medio de introspección, de comunicación con nosotros mismos, y, al leer, interiorizamos lo leído, reflexionamos, reconstruimos un poco nuestra conciencia, atravesada por múltiples mediaciones. Lectura lenta, que se recrea en la expresión, en las sensaciones que produce, en la conexión con la propia vida desde la que toda obra se interpreta y aprovecha, que disfruta volviendo atrás o saltando si no podemos esperar, para luego volver, a nuestro propio gusto. Creo que para ese tipo de lectu-

ra nos falta espíritu, predisposición, hábito -porque el modo de vida nos marca otro ritmo- y, sobre todo, nos falta *tiempo*. Ésta es para mí la palabra clave: el tiempo, que es la materia sobre la que construimos nuestra vida. Vivimos un tiempo acelerado, que no es proclive al descanso, a la calma que requiere la lectura. Tiempo es aquello, paradójicamente, que decimos que nos falta siempre, a pesar de que comemos en restaurantes de comida rápida, de que vamos en coches veloces, de que las autopistas proliferan, de que el intercambio de información es instantáneo, de que en lugar de copiar fotocopiamos, en lugar de escribir mandamos faxes, de que el correo es electrónico. Nos falta tiempo para poder consumir todo lo que nos ofrecen los hipermercados, y tenemos que ir muy deprisa por entre sus pasillos donde todo está a la mano. Nos falta tiempo aunque vivimos más años y la esperanza de vida es mayor que nunca.

Nos falta tiempo para saber más, cuando estudiamos más años que nunca. Para recoger toda la información disponible, aunque al final estemos tan liados o más que antes de medio leer los mensajes que diariamente nos deja la lista de correo electrónico a la que nos hayamos conectado.

Cuando acabamos el trasiego diario estamos tan agotados que necesitamos desconectar, aliviar la mente de pensamiento, y para ello nos conectamos de nuevo a una fuente de mensajes, la TV, cuyo poder de hipnosis nos relaja hasta el momento en que, tras el sueño, podemos iniciar de nuevo la vorágine de actividad. Este presentación, quizás tremendista, del ritmo de vida, creo que no es falsa, a veces la experimento en mí mismo, y determina alguno de los problemas fundamentales que tenemos como personas. ¿Qué manera desenfundada de vida es esa en la que hago todo muy rápido pero no tengo ocasión de parar para hacer de una vez lo que quiera?

La lectura necesita otro tipo de relación con el tiempo. Para disfrutar la lectura necesitamos no tener prisa, ser capaces de decir al mundo que nos bajamos un momento y que nos olviden los que nos atosigan, a veces nosotros mismos con nuestros falsos compromisos, autoexigencias y agobios. Si nos metemos en la lectura de verdad y a veces se nos va el santo al cielo, llegamos tarde, nos olvidamos de todo, y vivimos intensamente y unas horas se nos hacen instantes breves. La lectura es un paréntesis, un respiro que hay que tomarse antes de que, tras varias horas de ajeteo, de

"Hay muchas formas de leer. Profundas, superficiales, continuadas, esporádicas, obligadas o placenteras, de imágenes o de texto".

ambición, de consumo, de aprendizajes instrumentales, lleguemos exhaustos a plantearnos un -"¿Y ahora qué?", al que no sepamos dar respuesta.

La lectura se relaciona con disfrutar del tiempo, la lectura como un acto incondicionado, libre y despreocupado. Así leen los niños, que no quieren dormir la siesta, que tienen todo el tiempo del mundo, que aún no tienen presente la idea del para qué, del proyecto, de la obligación, de lo que tengo para mañana. Los niños que siempre quieren que se les cuente el cuento otra vez, que siempre quieren más, hasta que agotan el tiempo del adulto.

Así se lee en vacaciones, en la indolencia, en el dulce no hacer nada, en la playa, en siestas tórridas. Así se lee cuando se es joven y rebelde, y se lee porque sí, o para buscar modelos o para autoafirmarse, o leemos para enamorar, o leemos porque somos desgraciados. Leemos cuando aún no preocupa sólo el ganar dinero y subir en el escalafón. Leen los niños, que dis-

ponen de su tiempo -si no se lo hemos planificado con sesiones de inglés, artes marciales y ballet-. Así leen los estudiantes. Y así leen los ancianos, que a pesar de que sienten que ya les falta poco para pasar su particular última frontera, precisamente por eso aman la lectura y leen sin mirar la hora. Son los que tienen tiempo, los que aún no están en la vida productiva.

¿Y cuándo leemos los adultos, los que estamos instalados? Pues casi no leemos. Leemos a salto de mata, leemos para producir o saber más, no tenemos tiempo para leer porque sí. Y llega la paradoja: cuando más tenemos, más poder, más dinero, más seguridad, más sabiduría, más estabilidad, menos podemos disponer de nuestro tiempo. Tenemos que hacer tantas cosas, que no nos queda tiempo para leer. Todo nuestro tiempo está determinado por la profesión, el cuidado de los hijos los que tienen, la compra, los viajes de fin de semana a la segunda residencia, etcétera. Más poder, pero menos espacio para esa libertad íntima de coger un libro sin hora y enfrascarse en él.

Caer en la cuenta de que se quiere leer y aparentemente no se puede es un punto de inflexión en la manera de vivir el tiempo. Es ver que es necesario tomarse un respiro y ejercer la libertad de leer, que es decir la libertad de pensar en y por uno mismo, de soltarse por un momento del yugo del trabajo, del consumo, del reloj. Vivir el tiempo leyendo es precisamente una forma de aprovechar el tiempo, y no de ser su esclavo.

Así recuerdo, y aún vivo a veces, mis mejores momentos de disfrute con la lectura. Cuando, con una peseta, iba a una tienda de mi pueblo, en vacaciones, a cambiar tebeos, porque los que tenía ya los había leído todos. Cuando leía vorazmente los tebeos que me dejaban los chiquillos que vivían en mi calle, el *TBO-TBO*, *Jaimito*, *El Jabato*, *El Capitán Trueno*, *Jim West*, cuando iba a la biblioteca, todos los días en verano, a llevar-

¿ Q U É E S ?

me un libro de *Guillermo Brown*, *Los Hollister*, *Astérix* y *Tintín*. Cuando escondía algún libro de la biblioteca en un estante perdido para tener un poco de alimento para el día siguiente, porque ya escaseaban los libros sin leer. La curiosidad me hacía desear también los libros que estaban destinados a las chicas, que se desarrollaban en internados británicos: *Segundo Grado en Torres de Mallory*, o algo así, Puch, E. Blyton, etcétera. Cuando a escondidas iba al kiosco a cambiar esas novelas baratas para adultos, llenas de detectives alcohólicos y curvas insinuantes. Era libre: tenía todo el tiempo que quería para leer sin ningún condicionante. Luego, la lectura de la adolescencia: aprender a vivir con la frustración, la realidad y el deseo, la poesía. Y las modas: ¡Cuántas horas peleando con la literatura hispanoamericana, con *Paradiso*, *Tres Tristes Tigres*, *Rayuela*: la necesidad de identificarte como intelectual te obliga a lecturas de

culto. No te podías rendir, era un momento en que había que llevar un libro bajo el brazo y comentarlo con gesto profundo, o podías quedar excluido del grupo. Y luego la filosofía: el pensamiento marxista y el pensamiento negativo, Nietzsche, Kafka, Foucault, Derrida, *Ser y Tiempo*, Platón, Levinas, la estética, la posmodernidad, llenaban las horas junto a la compañía atronadora de Los Ramones, The Clash, Jam, The Cure, Elvis Costello, para afirmarme frente a lo establecido. Y el cómic: Corto Maltés, *Totem*, Robert Crumb, Manara, Moebius. Todavía era libre. Los exámenes daban igual.

El tema es que, casi sin darnos cuenta, la entrada en el mundo laboral nos hace centrarnos en la lectura informativa, productiva. Se inicia una nueva manera de vida, de relación con el tiempo, y con la lectura. Predomina el mundo exterior sobre el interior, si no se tiene cuidado te enfrentas con la misma ilusión

que a la lectura y a tí mismo, a los demás, a los artículos, a la Tesis, al proyecto docente, a la conferencia, y llegas exhausto a ese momento en el que antes te encontraba a tí mismo. Yo procuro cultivar mi hábito de lectura, cuidarlo para que no se deteriore, y lo hago con la lectura de aquello que más me divierte: el cómic, los textos ligeros, el erotismo, los relatos cortos, Pérez Reverte. Cuando quiero pensar un poco en mí mismo, me ayuda bastante José Luis Sampedro, por ejemplo el último crisolín, *La frontera*. Y, para seguir sintiéndome joven, estoy ahora leyendo *Matando dinosaurios con tirachinas*. Pienso que, en algún sentido, ser joven es tener todavía tiempo de leer, de no estar instalado en la autosuficiencia.

• José A. Gómez es profesor en la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad de Murcia.

BOLETÍN de

SUSCRIPCIÓN

PUEDEN
FOTOCOPIARSE

EDUCACIÓN Y
BIBLIOTECA 

1 año (11 números): 6.000 ptas. IVA incluido (España)
Extranjero y envíos aéreos: 8.000 ptas.
Números atrasados: 700 ptas. (+ gastos de envío)

Deseo suscribirme a la revista EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA a partir del mes:
Nombre (o razón social)
Apellidos
Dirección
Código Postal / Población
Provincia
Teléfono
C.I.F./D.N.I.

FORMA DE PAGO QUE ELIJO:

- Cheque a favor de Tilde Servicios Editoriales, S.A.
 Domiciliación bancaria.

Banco

Código Cuenta Cliente (C.C.C.)

Entidad	Oficina	D.C.	Núm. de Cuenta
-----	-----	---	-----

ENVIAR A: TILDE SERVICIOS EDITORIALES. REPÚBLICA DEL ECUADOR, 2, 4º C. 28016 MADRID.
TEL. (91) 457 21 01. FAX: (91) 457 14 69

PUEDEN
FOTOCOPIARSE